

pues nadie había que pudiese suplir el lugar que Ella dejaba vacío. Viérades ir y venir gente de nuevo al aposento de esta Madre común, y con amargas lágrimas de sus ojos, más que con palabras, le manifestaban la pena que su ausencia les daba; representábanle la necesidad que de Ella tenían; suplicábanle no desamparase a sus hijuelos, que con sus oraciones había engendrado, y con su doctrina y ejemplo había criado; y si se quería ir de este mundo, que los llevase consigo, porque no osaban quedar sin Ella entre tantos peligros, ni podrían sufrir la ausencia de tan amantísima Madre.

No oía la Virgen sagrada estas cosas sin gran compasión; y con aquella ternura de corazón de que Dios la dotó, se condolía con ellos, y lloraba con ellos, y les prometía que, aunque según el cuerpo se apartaba de ellos, no los olvidaría en su Corazón, y que mientras viviesen les sería fiel abogada, y que la llamasen en sus necesidades, y que cierto sentirían que tenía cuidado de ellos y de ellas; y que pues esta vida tan presto se pasa, se esperasen un poco, y perseverasen en la fe y buena vida que habían comenzado, y que presto irían ellos donde Ella iba, y estarían todos juntos sin se apartar para siempre jamás.

Vinieron también los Apóstoles que entonces eran vivos, como dice San Dionsio, y Ella les daría cuenta de la merced que Dios le quería hacer; lo cual ellos no oirían sin lágrimas, por el amor tierno que le tenían. De algunas santas personas leemos que cuando se querían morir dejaban algunos particulares avisos, como por herencia, a los que presentes estaban, para que sirviesen mejor a nuestro Señor; y no es de creer que los que allí estaban, pues la habían tenido por maestra en la vida, le dejasen de suplicar que también lo fuese en la muerte, dejándoles alguna palabra que les fuese recordación de Ella y aviso para mejor servir al Señor. Mas ¡qué les diría la Virgen bendita, sino como humilde, que guardasen lo que el Señor les mandó! Y si, importunada a que más en particular dijese con qué cosas Ella se había hallado mejor, respondería que para el cuerpo con virginidad, y para el ánima con humildad y mansedumbre, que halla gracia delante de Dios y los hombres, y entrañable amor y misericordia con todos los prójimos, aun hasta rogar a Dios por los que estaban crucificando a su Hijo delante sus ojos.

13.—*Desciende Cristo en busca de su Madre.*

Allegábase ya el dichoso día 15 de agosto, y enflaqueciábase su sagrado cuerpo cada día más, y crecía a su ánima esfuerzo con la alegría de la buena nueva de que presto había de ver a su Dios. Y cuando vino la hora determinada del Señor para hacer esta grande hazaña de galardonar a su Madre conforme a su grande magnificencia y a los servicios que de Ella había recibido, suena en el cielo una voz, que el Señor quiere descender a la tierra a traer consigo a su benditísima Madre, y que manda que la acompañe su corte, y que regocije cada uno la fiesta lo mejor que pudiere; porque toda la honra que a su Madre hicieren, la recibe Él como hecha a sí mismo. ¡Oh cuán alegres y cuán de fiesta están todos, y el Hijo de la Virgen más! Y Él y ellos descienden del cielo, y entran en el aposento donde estaba echada la que en sus entrañas dió aposento agradable a su Dios. Y pues que en la muerte de otras santas personas se lee haber venido ángeles o santos, y haber olor suavísimo que le incitaba y confortaba el corazón de los que presentes estaban, claro está que daría el Señor señal de su bendita presencia y de tan bienaventurada compañía como venía con Él, y que todos los que presentes estaban sentirían grandísimo consuelo en sus corazones, y tendrían por cierto que era causado de la presencia de los que del cielo venían.

No sabemos si el Señor allí se mostró claramente, o si los ángeles y santos tomaron cuerpo para ser vistos, o si hubo música corporal de que gozasen las orejas de la Virgen y los que presentes estaban. Mas como muchos de estos favores ha hecho el Señor a personas menos amadas, no es fuera de razón creer que los mismos o mayores hizo con su Madre, más amada que todos. A cuya muerte fué mucha razón que Él mismo en persona, y no por tercero, se hallase presente, para que en saliendo del cuerpo su preciosísima ánima, la reclinase en sus brazos, sin fiarla de nadie, pues que fué servido que Ella con tanto dolor estuviese presente en aquella hora terrible cuando Él expiró en la cruz, y que después de descendido de ella, fuese recibido en los brazos de la Madre, y lavado con lágrimas de Ella. No tenía el Señor olvidado este servicio, pues que de otros menores se acuerda para los galardonar en la

muerte, y Él mismo la visita, consuela y esfuerza, haciendo en todo su oficio de Hijo muy obediente y amoroso.

#### 14.—*Dulcísima muerte.*

Y cuando ya vino el punto que aquella dichosa ánima saliera de su virginal cuerpo, entonces su Hijo bendito dijo aquello que mucho antes estaba profetizado para esta hora (*Cant.*, 4, 8): *Ven del Líbano, Esposa mía, y serás coronada* (*Cant.*, 5, 1): *Ven a mi huerto, hermana mía, Esposa* (*Cant.*, 2, 10): *Levántate, y date prisa, paloma mía, hermosa mía; que ya ha pasado el invierno de los trabajos, ya han venido las flores del alegre verano de la gloria que te está aparejada: vente a Mí, que yo te recibiré en mi humanidad que de ti recibí, y en mi divinidad con que te crié, y te tendré siempre conmigo, haciéndote bienaventurada para siempre jamás. A esta dulcísima voz y convite, que sería la postrera que en esta vida la Virgen oyó, respondería su acostumbrada palabra: He aquí la sierva del Señor; hágase en mí, etc.*

Y porque en vida y en muerte le fué su Hijo maestro y dechado a quien Ella miraba, y le oyó decir cuando en la cruz expiró (*Lc.*, 23): *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*, las cuales palabras Ella tenía guardadas en su corazón para la hora en que estaba, dijo con gran humildad y perfectísimo amor: *Hijo mío, en vuestras manos encomiendo mi espíritu.* Y tras esta palabra sale aquella benditísima ánima de la morada de su cuerpo, tan libre de dolor cuanto de pecado. No quiso el Señor que cuando Él nació tuviese dolores de parto, ni de muerte cuando Ella renació para la gloria. ¿Mas quién contará el apretado y dulcísimo abrazo que Cristo dió a aquella benditísima ánima, y el gozo que Ella sintió de ver claramente la humanidad y divinidad de su Hijo, con que fueron cumplidos todos sus deseos, y enjutas sus lágrimas, como el niño que tomándole la madre en su pecho cesa de llorar, y no tiene más que desear, pues recibe leche del pecho de la madre?

#### 15.—*Sube al cielo.*

¡Oh quién viera aquella hermosísima ánima, hermoseada con hermosura de gloria, más blanca que la

nieve, más resplandeciente que el sol, la más pura y limpia de cuantas Dios ha criado y criará, después de la de su benditísimo Hijo! Y tengo para mí, que pues Dios quiso que San Antón viese el ánima de San Pablo, primer ermitaño, más blanca que la nieve, subir al cielo acompañada de los ángeles, que también sería servido de enseñar a muchos de los que allí estaban presentes, y aun a los ausentes, la hermosura del ánima de su santísima Madre, y la gloria de que gozaba, y la grande honra que le era hecha en aquella solemnísimas subida a los cielos.

*Arrimada*, pues, la Virgen bendita a su amado Hijo y Señor, *llena de indecibles deleites*, comienzan todos a caminar hacia el cielo con tanto regocijo, con tan acordada música, con tan suaves aleluyas, con aquel *Sancta Immaculata Virginitas, quibus te laudibus*, etc., que cantarían en honra de la Virgen sagrada, aquel «Gloria sea a Ti, Señor, que naciste de esta Virgen»; cantando en honra de Él y de Ella, no a cuatro, sino a cuatro mil y más voces, con otros cantares tan sentidos, tan alegres y concertados, como convenía a la fiesta y grandeza de las personas de quien se cantaban, y que bastaran a que si un hombre las oyera, fuera de su dulcedumbre tan absorto, que no pudiendo sufrir tal peso de dulcedumbre, el ánima se saliera del cuerpo y se subiera al cielo con tal compañía.

#### 16.—*¡Madre mía, Madre mía!*

Eliseo vió subir al profeta Elías en un carro de fuego hacia el cielo, y sintiendo mucho írsele su maestro, decía a grandes voces (4 Reg., 2, 12): *¡Padre mío, padre mío, carro y guía de Israel!* San Antón se quejaba del ánima de San Pablo, y decía: «¿Por qué te subes al cielo sin primero despedirte de mí?» Y San Lorenzo se quejaba de San Sixto, Papa, porque yendo a morir por Cristo, no le llevaba consigo para el mismo efecto. ¿Qué haremos nosotros en el día de hoy? ¿Gozarémosnos porque la Virgen va llena de gloria y de alegría, o lloraremos porque nosotros nos quedamos acá?

¡Oh Virgen prudentísima! ¿Dónde vas como alba muy resplandeciente, toda hermosa y suave, hermosa como la luna, escogida como el sol, paloma hermosa, lavada con leche, a la cual cercaban los lirios de los valles, y las flores y las rosas, acompañada de ánimas

santas y ángeles bienaventurados, y en los brazos de tu Hijo? ¿Dónde vas, prudentísima Virgen, y dónde nos dejas? ¿Qué haremos los indignos hijuelos tuyos sino correr tras ti; y viéndote subir al cielo, decir con voces de nuestro corazón: «¡Madre mía, Madre mía, carro que sustenta a los pecadores pesados, y guía de los buenos!» Elías movido por las voces de su discípulo, le echó su capa, con lo cual Eliseo pudo pasar por el río Jordán sin ahogarse ni aun mojarse. Muevan os a Vos, Señora, nuestros gemidos y nuestra necesidad y soledad, y echad en nuestros corazones vuestra memoria, vuestra devoción y obediencia, con lo cual vistamos nuestra desnudez, y favorecidos con Vos, pasemos por el peligroso río de este mundo sin ser ahogados con los pecadores que hay en él.

Vos, Señora, subís a sentaros en el resplandeciente trono de gloria que vuestro Hijo bendito desde *ab aeterno* os tiene aparejado a su mano derecha, donde experimentaréis con gran dulcedumbre que *hay* grandes y limpios *deleites en la mano derecha de Dios*, no por años tasados, mas *hasta el fin*, como lo dice la Escritura (*Ps.*, 15, 11). También beberéis de aquel *río claro como cristal que sale de la silla de Dios y del Cordero* (*Apoc.*, 21), que es la excelentísima divinidad y sagrada humanidad, que con su vista alegre y harta toda aquella santa ciudad de Jerusalén, la del cielo, cuyas ondas a Vos, Señora, más que a otra ninguna envisten y hartan y hacen bienaventurada, sin que tengáis más que pedir ni que deesar.

Gracias, y muchas gracias a la divina Bondad damos vuestros pequeñuelos hijos, gozándonos mucho de vuestro tan cumplido bien, que también podemos llamar nuestro, pues sois Vos nuestra Madre; y mirando esto, celebramos el día de vuestra partida con alegría y regocijo. Mas con todo eso no podemos dejar de sentir soledad y desabrigo viéndonos tan llenos de necesidades, y nuestra Madre tan lejos de nos. Suplicamos os, Virgen bendita, que en ninguna manera nos pongáis en olvido; mas pues podéis con Dios todo lo que queréis, haced limosna a los pobres que quedamos acá. Y como de vuestro Hijo bendito se escribe (*Ps.*, 67, 19) que *subiendo a lo alto dió dones a los hombres*, así Vos, Señora, pues subís a lo alto tan semejable con Él en la gloria, parecedle también en esto, que le pidáis mercedes para los que quedamos acá; y sean muchas, porque lo piden así nuestras necesi-

dades, en todas las cuales habemos de recurrir a Vos como a amantísima Madre.

Haced Vos, Señora, que alcancemos lo que a Dios pedimos; y cuando algún servicio os ofreciéremos, recibidlo de buena gana; dadnos lo que os rogamus; excusad lo que tememos, porque después de Dios Vos sois esperanza única de los pecadores, y por Vos esperamos el perdón de nuestros pecados y el favor para todo bien, y en Vos está la esperanza de los galardones que en el cielo esperamos. «¡Oh Madre santa y santísima! Socorred, Señora, a los miserables, confortad a los flacos de corazón, consolad y regalad a los llorosos, orad por el pueblo, interceded por el devoto linaje de las mujeres. Todos, Señora, chicos y grandes, que celebraren vuestra santísima festividad, y de Vos se acordaren y de corazón os llamaren, sientan vuestro socorro y alivio» (6), alcanzando lo que os pidieren.

¡Oh bendita, que hallaste gracia engendradora de la vida! Madre de la salud, humildemente te suplicamos que por ti nos reciba el que por ti fué dado a nosotros. Excuse tu santidad e integridad acerca de Él las culpas de nuestra corrupción; y tu humildad, agradable a Dios, nos alcance perdón de nuestra soberbia; tu copiosa caridad cobije la muchedumbre de nuestros pecados, y tu gloriosa fecundidad nos haga a nosotros fecundos de merecimientos. Señora nuestra, medianera nuestra, reconcílianos con tu Hijo bendito, alcánzanos de Él gracia para que, salidos de este destierro, nos lleve donde gocemos de su santísima gloria.

---

(6) Del Brev. Romano.

## TRATADO 12 (1)

### NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA (III).

(Como la Aurora.)

Tema: *Quae est ista quae progreditur quasi aurora consurgens?*

(Cant., 6.)

#### 1.—¿Quién es ésta?

Las palabras del tema son una pregunta admirativa que los ángeles hicieron cuando vieron a esta santa Virgen salir del vientre de la santa vieja Ana, madre suya.

Maravilláronse los ángeles de ver cosa tan nueva, y de que del vientre estéril salía tal fruto de bendición, que parecía no cosa de este mundo, sino heredad del cielo. Viendo su hermosura, su donaire, su dorada cara, sus resplandecientes ojos y, sobre todo, la hermosura de su ánima que era ya santa antes que nacida, y espantados que en este mundo hubiese tal cosa, dicen: *Quae est ista?*, etc. ¿Quién es ésta que sale como graciosa mañana? ¿Quién es ésta que no nace en noche de pecado, ni fué concebida en él, sino que así resplandece como alba sin nubes algunas, y como sol de mediodía? ¿Quién es ésta que aun no es del todo nacida, y ya nos hace maravillar, y nos pone en espanto, de lo que ahora en su semblante vemos muy más de lo que después ha de ser? ¿Quién es ésta, cuya vista alegra, cuyo mirar consuela y cuyo nombre esfuerza?

---

(1) Tomamos este Tratado de la Edic. Apostolado de la Prensa, 1927. Trat. 4, pág. 1.755.

¿Quién es ésta, para nos tan alegre y benigna; y para otros, como son los demonios, tan terrible y espantosa, que en oyendo su nombre parece caen sobre ellos saetas que no las pueden sufrir, sino huyen, atemorizados de él? ¿Quién es ésta a quien Dios tantos bienes ha hecho, y muy más le tiene guardados? ¿Quién es ésta, preguntan los ángeles?

¡Gran cosa es, Señor, esta Niña; chiquita parece, y muy grande debe ser! Grandes son sus hechos, pues que los ángeles se espantan y admiran de ella, y no pueden comprender el abismo de sus excelencias. Que de ella es escrito (Ps., 17. 11): *Ascendit super cherubin et volavit super pennas ventorum*. Y pues así es que los ángeles se admiran y no la comprenden, ¿qué haremos nosotros pobres? ¿O qué es lo que nuestras torpes lenguas pueden decir de sus alabanzas, cuando las muy elegantes son insuficientes en decir de ella?

Oíd lo que dice aquella elegante lengua de San Agustín (3): *Quid dicam de te pauper ingenio, cum de te; quidquid dixeró, minor laus sit, quam dignitas tua mereret?* Alibi: *Quid nos tantilli, quid actione pusilli in laudibus Mariae referemus, cum omnium nostrum membra si in linguas verterentur, eam laudare nullus suficeret?* (Item Hieronimus): *Ad quid aquae pusillum mari addam, ad quid modicum lapillum monti adjiciam?* Et alibi: *Ut verum fatear, quidquid humanis dici potest verbis, minus a laude coeli est, quoniam divinis et angelicis est excellentius praedicata et laudata praeconiis, a prophetis quidem praenunciata, a patriarchis, figuris et enigmatibus praesignata, ab Evangelistis exhibita et demonstrata, ab angelis venerabiliter salutata.*

¿Quién pondrá lengua en alabar aquella a quien tantos grandes se pusieron a alabar, y, sobre todo, el grande sobre todos los grandes, Dios? Que tuyas son estas palabras: *Quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es; et tota pulchra es amica mea, et macula non est in te.* ¡Oh, bienaventurada niña! ¿Y qué haremos nosotros, perplejos que tememos alabarte, siendo como somos poco, e indignos? Y por otra parte

(3) Estas palabras que el Beato Juan de Avila cita de San Agustín, están tomadas del Sermón 208 del Apéndice *in festo Assumptionis B. M.*, que no es del Santo, sino atribuído a San Fulgencio, obispo de Chartres. (Nota del P. Mi-guélez.)

somos obligados a alabarte y decir *Bienaventurada*, como tú lo profetizaste (*Lc.*, 1, 48): *Beatam me dicent*, etc., y a darte gracias por los grandes bienes que de ti y por ti nos vienen, y esperamos que nos den. Así, y por eso, tomando el consejo de San Jerónimo, que dice: *Et si ad hoc nemo invenitur idoneus, votis tum omnibus cesare non debet quilibet peccator a laudibus Mariae*, etc. ¿Cómo hemos de estar y poder pasar sin alabar a quien tanto debemos, y a quien todas las criaturas alaban? No dejaremos por cierto; que mañana es la Virgen, según nuestro tema dice: «Y en la mañana (4) alegré todas las cosas.» Se alegran los hombres, se esfuerzan los caminantes, las avecicas cantan; ¿quién estará triste, por pecador que sea, que naciendo esta clara mañana y dorada alba, no cante, no se alegre, no alabe al que la crió? Cantaremos, por cierto, y alabaremos, aunque indignos, a esta Virgen y a quien la crió, que es el mismo a quien ella parió. Y digamos: «¡En hora buena sea nacida el alba, y bendito sea el que crió tan hermosa alba; honrada y servida sea tal alba!»

## 2.—Propiedades del alba.

¿Quién es ésta que nace como alba? Gran pregunta es, por cierto, ésta: ¿Quién es ésta?, así por *quien* lo pregunta, que son los ángeles, y lo que aquellos preguntan, muy grande debe ser; y no todos bastarán a responderles; así *por quien* se pregunta, que es la más excelente de todas las criaturas que Dios crió y criará; así por la pregunta que es *¿quién?*; que es cosa dificultosa saber decir *el que es*. Y, por tanto, antes nos ocuparemos en entender lo que los ángeles dijeron de ella, que no en decirles nosotros a ellos quién es ella.

Pregunten allá al que la crió que les diga quién es ella, que nosotros no sabremos. Nace como *mañana*. ¿Por qué como mañana? No sin muchas causas (5); porque parece en muchas cosas esta sacratísima niña, que tal día como hoy nació, al alba.

(4) En el sentido de alba o aurora, o principio del día. (Nota del P. Miguélez.)

(5) *In diluculo corrui Jerico*; Josué, 6.—Nota del Beato, sin duda para explanar el texto en el Sermón.

Y por no ser prolijo, tomemos tres condiciones del alba, en las cuales nuestra Señora le parece. Es la primera que es *nunciatrix et genitrix diei*. La segunda, que es *genitrix roris*; la tercera, que *odit tenebras*. Estas tres propiedades tiene la mañana. Y las mismas esta clara alba que hoy nació.

### 3.—Es mensajera del sol.

Tiene la primera, porque fué mensajera de aquel luciente sol, que fué el nacimiento del sol de justicia, Jesucristo nuestro Redentor. No solamente fué mensajera, mas aun *madre* por parecer en todo al alba, que dicen ser madre del sol. Aportónos aquel día saludable, día de perdón, día de descanso, cuando su bendito Hijo anduvo por este mundo: todo aquel tiempo fué día, porque día es todo el tiempo que el sol anda sobre la tierra. Que como Él fuese sol y luz, como y según Él lo dice (*Jn.*, 9, 5): *Quandiu sum in mundo, lux sum mundi*, síguese que era día todo aquel tiempo que Jesucristo causó con su presencia.

¡Oh día bienaventurado, y tan deseado de muchos patriarcas y profetas, y que sólo viéndolo en espíritu les daba grande gozo, según lo dice el mismo Redentor! (*Jn.*, 8, 59): *Abraham exultavit ut videret diem meum, vidit et gravisus est*. Gozóse, y gozáronse los profetas en este día de salud, de alegría, de gracia; *el cual hizo el Señor para que nos alegremos en él*. Pues para tal día como éste de la encarnación de Dios, tal *mañana* se requiere como la bienaventurada Virgen. Que si aquel día es día de salud, ella es alba saludable; si día de misericordia, ella es madre de misericordia; si día de gracia, ella es madre de gracia.

¿Veis qué bien concuerda el alba con el día? Y esto es lo que San Bernardo dice: *Sicut aurora valde rutilans in mundum progressa es, o Maria! quando veri solis splendorem tantae sanctitatis jubar praecurristi, ut vere diem salutis, diem propiciationis, diem quam fecit Dominus a tanta claritate immutari dignum fuerit*. Hubo tanta santidad en ti, benditísima Virgen, que fuiste digna mañana de tal día. ¡Oh bienaventurada Virgen! De ti es escrito (2 *Reg.*, 23): *Sicut lux aurorae, oriente sole, mane absque nubibus rutilat*. Así es, Señora, vuestra luz como luz de alba que resplandece, cuando el sol nace sin nubes.

Sin nubes salió el sol de Vos, cuando concebisteis y paristeis a Cristo Redentor nuestro sin pecado y sin dolor, que fué el sol; empero, no os quemó, según estaba figurado por Daniel (2, 34), que vió *una piedra cortada de monte sin manos*. Que aunque Cristo, Dios nuestro, de vuestro vientre saliese hecho hombre, el cual es dicho piedra en la Escritura, empero en nacer hombre *no hubo mano* de hombre, sino todo fué del Espíritu Santo y vuestro. Sois, pues, Señora, con mucha razón *alba*, porque sois mensajera y madre del sol.

#### 4.—*Es madre del rocío.*

Parecéis, Señora, más *alba*, porque así como al alba cae el *rocío* en los campos, y queda húmeda la tierra, y se templan el calor, y se conservan las hierbas en su frescor; así en vos, Señora, llovió y cayó aquel bien-aventurado *rocío*, el cual con gracia humedece nuestras sequedades, hace fructificar nuestras ánimas. Y esto, no quitándoos a Vos la verdura de la virginidad, que aunque fué vuestro fruto, no os quitó la flor. Que en Vos sola el fruto es flor, y la flor fruto. *Sicut scriptum est (Eccli., 23, 23). Flores mei fructus (Cant., 2, 1). Et ego flos campis*. Luego flor y fruto es en Vos uno.

¿Queréis figura que Cristo descendió en el alba? Leed en los Números (11, 9) y hallaréis que al alba descendía el maná a los hijos de Israel. ¡Oh bendita Virgen! que por Vos se dijo; que por Vos y en Vos, nos envió el Padre Eterno a su bendito Hijo, y nos lo envía cada día para justificación nuestra. Por Vos y en Vos, que sois *mañana*, nos bendice Dios (según es escrito) figurado en la lucha del ángel con Jacob, que fué bendito a la mañana (*Gen., 32, 26*): *Dimitte me, jam aurora ascendit*, dijo Jacob; *quasi dicat*: Dame ya tu bendición, que ya nace esta bienaventurada Virgen.

¿Queréis otro bien que vino en la mañana? Que Faraón y todo su ejército fué ahogado en el mar, a la mañana. ¿Qué fué esto, sino que los demonios y pecados se ahogan en las aguas de las lágrimas que el pecador echa, cuando esta mañana nace en su alma? ¡Oh bienaventurada [hora], en la cual nace esta sagrada alba, y cuán dichosa es!

¡Oh señores!, ¿qué haríamos para que así como

tal día como hoy nació esta alba en el mundo, así naciese hoy en vuestros corazones? ¡Ay de nosotros, si no la tenemos! ¿Quién nos librará de la ira del Omnipotente? Si la tiene, y armada para herirnos por nuestros pecados; ¿quién hará a Dios que meta la espada de su justicia, la cual nuestros grandes pecados le han hecho sacar de la vaina? ¿A quién llamaremos en nuestras tribulaciones, si a ésta tenemos enojada? ¡Oh desventurado de aquel que enemigo está con ella! Y ¿qué le aprovecha cuanto tiene y vale, y come y bebe y anda? Plegue a Dios, señores, que ninguno haya aquí que enojada tenga a esta Señora y que mal esté con ella.

##### 5.—*Es enemiga de las tinieblas.*

Y más: ¿queréis ver si estáis mal o bien con ella? Mirad lá tercera condición del alba, que es ser enemiga de las tinieblas. Ya sabéis que estas tinieblas son aquellas de las cuales es escrito (*Prov.*, 4, 19): *Via impiorum tenebrosa*; y (*Jn.*, 3, 19) *dilixerunt homines magis tenebras quam lucem*. En buen romance: «los pecados, éstos son los que nuestra Señora aborrece sobre todas las cosas». ¿Y sabéis qué tanto? Que ninguno, por servidor suyo que sea, por romerial (6) que ande en su servicio, por más Avemarías que rece, por más candelas que queme en su honra, si en pecado está [...] en ninguna manera lo quiere ver, ni recibe servicio de él; sino que lo aborrece y lo tiene por enemigo. No penséis, señores, que os digo esto por espantaros y que no es verdad. Gran mal es, mas verdad es. Ella misma lo dice, porque mejor lo creáis y no os engaéis. Leed Proverbios (8, 13); el cual capítulo la santa Iglesia (¿dice?) de la sagrada Virgen. Oíd: *Arrogantiam et superbiam, et viam pravam et os bilingüe detestor*. Pues mire cada uno su conciencia; y si en lujuria está, haga cuenta que está maldito de nuestra Señora; si tienes lo ajeno a tu prójimo, maldito estás de ella; si andas en

(6) Romerial. Aunque el Diccionario no trae esta palabra, se origina, sin duda, de la palabra «romería». Y según la emplea el Beato, confirma el refrán de «que quien anda en muchas romerías, tarde o nunca se santifica» (Nota del P. Miguélez.)

soberbias y en vanidades, en decir mal, si tienes *dos lenguas*, maldito estás de aquellos benditos labios. La lengua que Dios te dió, no es sino para decir bien y alabar a Dios. Si dices [mal], dos lenguas tienes.

¡Oh malaventurado el pecado, que basta para que aquella paloma sin hiel, aquella que no sabe sino ser misericordiosa, la hace airarse y querernos mal! Ea, pues, señores; por amor de esta Señora (pues nos preciamos de ser sus devotos), por estar bien con ella, salgamos de pecados; examinemos nuestras conciencias. El que está mal con su prójimo, reconcíliese con él; el carnal, deje el cebo de la lujuria, porque no esté enemigo de esta Señora. ¡Oh desventurado y digno de ser llorado el que en pecado está, pues está en ira con nuestra Señora! ¿Y cómo os sabe bien lo que coméis? ¿Y cómo podéis dormir? ¿Cómo podéis andar, estando descomulgados de esta Señora? ¡Ay! Os maldijera un provisor u Obispo y temiérades: ¿y no teméis la maldición y enojo de nuestra Señora?

Llamad a esta Señora, pedidle perdón de vuestros pecados; besadle aquellos benditos pies; decid que de aquí adelante queréis enmendaros y hacedlo así y estaréis amigos con ella. Ella quiere vuestra amistad (*Prov.*, 8, 31). *Deliciae meae esse cum filiis hominum*. Muévaos el amor con que os ruega que vayáis a ella (*Ecli.*, 24, 26): *Venite ad me omnes qui concupiscitis me, et a generationibus meis adimplemini*. Pasad vos, los que estáis de la parte del demonio; los que estáis en pecado, dejadlos; que con ellos no podréis pasar a mí. Y dejados los pecados, *henchios de mis generaciones*; que quiere decir, según mis ejemplos, mis virtudes. Que ésta es, señores, muy buena devoción de la Virgen, seguir sus virtudes; que por amor de ella, uno procure ser casto, otro de ser misericordioso. Y especialmente conviene esto a las mujeres, que la sigan en ser honestas, calladas, no muy ataviadas, ni llenas de dijes, que es una cosa que parece mal a nuestra Señora. Y ésta es la buena devoción; y mientras uno no fuere bueno de dentro, no piense que, por no sé qué devociones que tenga, que aplacará a nuestra Señora. Porque es *alba*; y en ser luz, es enemiga de las tinieblas de pecados.

6.—*Exhortación y plegaria.*

Pues ea, señores (*Rom.*, 13, 12): *abjiciamus opera tenebrarum et induamur arma lucis*. Para que cuando rezáremos Avemarias, no nos vuelva la cara y diga: Andad, que es lujuria; andad, que tenéis lo ajeno; andad, que queréis mal al prójimo. Cueste lo que costare, hermanos, aunque se nos haga de mal, todo se debe posponer por alcanzar la amistad de nuestra Señora, por ser sus hijos, y ella nuestra Madre, porque nos oiga en nuestras tribulaciones, porque hable a Dios por nosotros.

¡Oh bienaventurado otra vez y mil veces, quien bien con ella estuviese, aunque todo lo otro le falte! Y malaventurado el que, por una nonada de pecado, quiere estar mal con ella, aunque todos los bienes tenga! Quien a ella tiene, *tiene la vida*, como ella dice (*Prov.*, 8, 35); quien la tiene, *tiene salud* y alegría; tiene más que decir se puede.

¡Oh bendita Madre de Dios! ¡Cuán bien empleado es cualquier trabajo por vos y por veros a la diestra de vuestro Hijo! ¿Qué trabajo, Señora, no tomaremos? Pienso de verdad, que una gran parte de la gloria de los bienaventurados es ver a la serenísima Madre de Dios en el cielo. ¿Qué haremos, Señora, para veros? ¿En qué os serviremos? Si en dejar nuestros pecados os hacemos servicio, que de parte de cuantos aquí estamos digo que lo dejamos; que nos pesa de corazón de haberlos hecho; que no los queremos más cometer, antes servir a Dios y a vos solamente. Señora. Aquel postrero día os veamos en vuestra silla, y os vayamos a besar las manos llenas de jacintos; y estaremos viendo cuán hermosa sois, [cuán] deleitable para amar, cuán alegre para consolar, cuán suave para gozar. Tan en tanto, Señora, nuestro oficio será pensar en vos, hablar de vos, seguir a vos en vuestra vida, y mirar cómo hacíades, y así hacer nosotros. Bendeciros ha nuestra boca, engrandeceros ha nuestro corazón; gastarnos hemos todos en vuestro servicio hasta que vayamos adonde vos. Señora, estáis, que es la gloria. *Ad quam nos perducatur*. Amén.

## TRATADO 13 (1)

### ANUNCIACIÓN DE LA VIRGEN MARÍA (II).

(*Cristo es el piadoso samaritano.*)

*Curam illius habe, et cum reddiero reddam tibi.*

(*Lc., 10, 35.*)

#### 1.—*Excelencias de la Virgen Madre.*

Cosa es muy usada acerca de los que tratan el arte de aparar oro y plata y otros metales, que para hacer el ámbar fino, el cual se hace de mixtión de oro y plata, es menester vaso muy excelente y que no tenga polvo alguno, ni color, ni humor, ni esté en lugar adonde algun viento le dé. De otra manera, nunca se juntará el oro y la plata, de la cual mezcla se hace el dicho ámbar. El ámbar es cosa muy excelente, en el cual el oro pierde de alguna manera algo de su resplandor, y templa su color fino; y la plata se esclarece muy más con la mixtión del oro, que ella por sí sería clara; y este tal ámbar fino es el que trae a sí las pajitas del suelo por su excelencia, y por eso requiere tanta guarda el vaso donde se ha de hacer.

Ahora vamos al espíritu. El sapientísimo artífice Dios tenía ordenado *ab aeterno* de hacer un ámbar fino, en el cual se juntase oro de divinidad y plata de humanidad; y saliese un ámbar, Cristo, que atrajese a sí las pajas, quiero decir, los pecadores, vanos como pajas, y los hiciese justos. Y así había de ser esta unión de divinidad y humanidad, que el oro de la divinidad templase su resplandor, y la plata de hu-

(1) Edic. 1927, pág. 1.931.

manidad alcanzase más resplandor que ella tenía. Y así fué que, estando Dios sin ser hombre, era tanto su resplandor que no bastaban ojos humanos a verlo; y así se lee que cuando Moisés estaba con Él en el monte de Sináí, suplicó que le enseñase su gesto: *Domine, inquit (Gen., 33, 13), si invení gratiam in oculis tuis, ostende mihi faciem tuam.* ¡Poco pedía! No hay, por cierto, más que desear ni pedir. Respondió nuestro Señor: «No puedes verme, que es tanto mi resplandor y es tan excelente mi luz, que no puede ser vista de hombre: *non videbit me homo et vivet.* Y San Juan (1, 18): *Nemo vidit Deum unquam.*

Señor; pues ¿qué remedio para veros? Que se junte con ese oro resplandeciente, plata, que no es tan alto metal, y templará algo de su resplandor, y así podremos veros. Y así lo ordenó Dios y lo mandó decir por sus profetas, que había de hacer esta gran maravilla, este milagro de milagros, que habría de ser un Cristo Dios Hombre.

Mas no se hizo este ámbar hasta que fué fabricado y salió al mundo el excelentísimo vaso en que se hiciese, que fué la sacratísima Virgen María. Ella fué en cuyo vientre se juntó divinidad y humanidad; Ella es de la cual es escrito (*Eccli., 43, 2*): *Vas admirabile, opus Excelsi.* Y de verdad admirable, pues que en él cupo el que en el cielo y tierra no cabe: *Coelum et terram ego impleo (Jer., 23, 24)*, y cupo en el vientre de la limpiísima Virgen. ¡Oh vientre santo, vientre puro, vientre no mancillado, no tocado! ¡Ni hay en ti polvo de vanagloria, ni tierra de deseos de cosas de este mundo, ni amor de deseos de carne, ni viento de soberbia; vaso hecho por mano de Dios, en el cual se miró más Dios que en todas las cosas que hizo! Y así, otro lugar no hubo, ni entre los ángeles ni serafines del cielo, ni en toda la tierra, adonde mejor ni tan bien, Dios se aposentase, como en el vientre de la Virgen. ¿Quién dirá las grandezas de vuestro limpio vientre, Señora, que enmudecen de hablar de él los muy sabios? Allá, Salomón, viendo en espíritu de profecía esta gran maravilla, dijo: *Quis scrutabi secreta ventris?* (2). ¿Quién alcanzara a decirlo? Sólo aquel, por cierto, que os hizo, y anduvo en vuestras entrañas.

---

(2) Sospechamos que alude a Prov. 20, 27 *investigat omnia secreta ventris.*

Decid, Señor, *fruto bendito* de Virgen; decid Vos qué tal es este vientre en que anduvisteis; ¿a quién os parece, Señor, que se debe comparar? Oíd lo que dice en los Cantares (7; 2): *Venter tuus sicut acerous tritici, vallatus liliis.*

Señor, ¿qué es esto? ¿qué quiere decir? ¿Por qué *montón*? ¿y por qué *de trigo*? ¿Qué es eso? ¿qué quiere decir *cercado de lirios*? *Montón*, porque es lo bajo ancho y va hasta arriba ensangostado. Como el arca de Noé, que fué figurada a esta excelentísima Arca de Dios, era abajo ancha, y arriba angosta de un codo (*Gen.*, 6, 16). ¿Qué quiere esto decir, sino que lo profundo de esta Virgen fué ancho, fué capacísimo, que fué su humildad, en la cual cupo ser Madre de Dios y llamarse Ella esclava; y desde este fundamento sube hasta acabarse en un codo de arriba, que es Dios? Esto, pues, quiere decir *montón*. ¿Y por qué *de trigo*? Con mucha razón, porque nos trajo el trigo con que nos mantuviésemos. A Aquél que comían los ángeles solos, trájolo esta Virgen, y lo coció en su vientre con fuego de amor, y nos lo dió a comer. Por eso es *montón de trigo*. Tiene fruto, mas este fruto *cercado de lirios*; que quiere decir virginidad, pureza. Pues está *cercado* el fruto del trigo con lirios, quiere decir que tiene fruto y es virgen: *virga Aaron floribus et fructibus* (*Ex.*, 17, 8). Pues luego, con mucha razón habéis, Señor, dicho: *Acerbus tritici*. Y mirad si ella misma no dice otro tanto: *Flores mei, fructus honoris* (*Eccli.*, 24, 23).

Leemos en los Cantares (2, 1) adonde dice *Cristo*: *Ego flos campi*. Porque así como el campo produce flores sin ser arado ni sembrado por hombre, sino con la influencia del cielo y del sol, así la Virgen produjo esta flor, que es Cristo, por sólo influencia del Espíritu Santo. Veis, pues, quién es su flor: Cristo. ¿Pues quién su fruto? *Benedictus fructus ventris tui, Jesus* Pues luego flor y fruto, todo junto; Virgen y madre, todo en una. ¡Oh bienaventurada Virgen! ¿Qué más te podemos honrar que diciéndote *Virgen* y *Madre de Dios*? Porque si *santa* te llamamos, muchas lo han sido, aunque no tanto: si *Virgen*, otro que tal; si *humilde*... ¿qué más? En lo que no tienes compañía ni tendrás. en lo que excedes, es en ser madre de tal Hijo, y con esto, ser Virgen. ¡Oh *bienaventurada tú* y el vientre tuyo, que tal bien nos trajo, y en el cual se fabricó el ámbar excelente, Cristo, que

refregado en la cruz de su Pasión, atrajo y cada día trae a nosotros pecadores, que somos pajas (*Jn., 12 32*): *Si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum.* Y con mucha razón. ¿Qué corazón, aunque de piedra sea, no se encendería en servir y amar a Cristo, Dios nuestro, viendo lo que por nosotros pasó? Y, por tanto, Señora, pues tanto bien por Vos nos vino, nosotros nos conocemos obligados a servirlos y honrarlos toda nuestra vida.

¿Y quién, Señora, no os servirá viéndose por Vos librado muchas veces de los infiernos? Por cierto, aunque otra cosa no hubiere que nos convidase a ser buenos y a no pecar, sino haceros servicio, Señora, era mucha razón que así lo hiciésemos; y por honra vuestra proponemos Señora, de aquí adelante de enmendar vuestras vidas. Mas, porque no lo podremos hacer sin gracia y Vos sois Madre de ella, suplicámoste humildemente nos la queráis alcanzar: y para más obligaros, ofrezcamos la salutación angélicamente pía. Ave María.

Buenas nuevas, señores: alégrese nuestros corazones e hínchense de gozo nuestras almas, que la que es Madre de Dios, es Madre nuestra: y la que los ángeles se tienen por dichosos en servir se deleita en estar con nosotros (*Prov., 8, 31*). *Deliciae meae...* Y no sin causa. Señora: lo uno, por la vuestra gran misericordia. Señora; lo otro, porque por *los hijos de los hombres* sois Vos Madre del Redentor de los hombres. Y por eso, como San Agustín dice, en alguna manera estáis vos obligada a socorrernos; mas, mucho más nosotros, a servirlos. Acordaos, Señora, de que nuestro Redentor vuestro bendito Hijo, nos tiene encomendados a vuestras manos, y os dijo cuando de este mundo se partió las palabras de nuestro tema: *Curam illius habe (scilicet peccatoris) in cum rediero, reddam tibi.* Y pues sois pagada, no por eso dejaréis el cuidado de nosotros: porque con esa intención os coronó que fueseis abogada nuestra, y con esa confianza os osamos pedir gracia para el presente sermón.

## 2.—Ocasión de la parábola del samaritano.

Para declaración de estas palabras, y para que veáis a qué propósito y cómo las practica aquel gran maestro, Cristo, os quiero decir la letra de este santo Evan-

gelio, el cual es una respuesta que nuestro Señor dió a un doctor de la Ley que le preguntó quién se puede decir *prójimo*, para que seamos obligados a amarle como nos está mandado: *Diliges proximum tuum sicut te ipsum*. Hábiale antes preguntado (*Mt.*, 22, 36) que *cual es el mayor mandamiento* de toda la Ley; y aunque al principio se movió a preguntarle más por tentarle que por aprender; empero, oyendo aquellas saludables palabras de Jesucristo Redentor nuestro, se convenció y mereció que le dijese: *Non longe es a Regno Dei*, como San Marcos (12, 34) dice. Donde parece que tanto provecho trae el habla y comunicación de los abismos de Dios, que aunque el hombre se llegue a ellos frío y tibio, y no con tan buen propósito como era razón, empero oyendo y conversándolos nos mudamos en bien. Especialmente es esto verdad, y acaece muchas veces, en el bien obrar; que muchas veces tenemos una pereza, una mala gana de hacer una buena obra, y cuando la comenzamos envíanos Dios devoción y buenos propósitos; y por eso ninguno, aunque tibio se sienta, aunque pesado, deje de hacer buenas obras, porque es Dios tan misericordioso, que quien a Él se llega no le deja frío ni hambriento. Los que se dan muchas veces a la oración, experimenten esto y verán cuán gran verdad es; que se llegan hambrientos a la mesa de Dios y se van hartos.

Preguntóle, pues, este fariseo a nuestro Redentor: *Quid faciam et vitam aeternam possidebo?* A lo cual respondió: *Diliges dominum Deum tuum ex toto corde tuo, ex tota anima tua, ex tota mente tua et ex omnibus viribus tuis: hec est maximum et primum mandatum. Secundum autem simile est huic: diliges proximum tuum sicut te ipsum; in his duobus mandatis universa lex pendet et profetae* (*Mt.*, 22).

Por eso, señores, los que no sois letrados, no penséis que por eso no podéis ir al paraíso; estudiad estos dos mandamientos, y cuando los hubiereis cumplido, haced cuenta que habéis cumplido todo lo que manda la Ley y los profetas, y los Evangelios, y los Apóstoles, y cuanto os amonestan infinitos libros que escritos hay. Amad a Dios más que a vos, y a vuestro prójimo como a vos mismo: que si vos deseáis ir al cielo, deseáis que él vaya; si deseáis que Dios os perdone, desead que también le perdone a él. Y regla general os doy; mirad lo que quisierais que con vos se hiciese y cómo os tratasen los otros, y si errabais con-

tra algún prójimo, querríais que os perdonase, y haced así a vuestro prójimo y así lo amaréis más.

### 3.—*Quién es nuestro prójimo.*

Es duda: *¿Quién es este prójimo* a quien tanto debemos, y por quien tanto quiere Dios que hagamos, y que tanto nos lo encomienda, y que tanto nos amenaza si no lo hacemos, que tiene puesto por ley y mandato pregonar en sus cortes que, ni más ni menos de como lo hiciéramos con nuestros prójimos, así lo hará Él con nosotros? Por eso, si deseáis, señores, saber cómo os ha de ir con Dios cuando le pidáis algo, cuando le hayáis menester, si habrá misericordia de vosotros, si os oirá, mirad cómo lo hacéis con vuestros prójimos; si procuraréis ayudarlos en sus tribulaciones, si los consoláis, si les dais, si procuraréis por la salvación de sus ánimas; y con la medida que midiereis, así os medirá Dios. Por eso hinche bien las manos del prójimo, y henchirá ciento tanto Dios las vuestras.

Y pues tanto va en esta cosa del prójimo, razón es saber quién es. Y esto le preguntó a nuestro Señor este doctor de la Ley: *Et quis est meus proximus?* Y aun creo que algunos de vosotros no lo debéis de saber, y será bien que lo sepáis.

Dice el Evangelista que nuestro Señor miró hacia el cielo, dando a entender que cuando queramos obrar o hablar pidamos del cielo ayuda. Y dijo: *¿Quieres saber quién es tu prójimo? Oíd una cosa que acaeció, y en ella veréis quién es prójimo. Homo quidam descendit ab Hierusalem* (dígame la letra).

Y bien claro creo que habéis visto, señores, cómo la *proximidad* no está solamente en el parentesco, ni en la vecindad, ni en que [me] quieran bien, ni en ser de una ley, ni en ser de una religión; sino que todo aquel a quien podemos hacer bien o nos puede hacer, todo aquél es nuestro prójimo; y todo aquel que puede ser particionero en la bienaventuranza con nosotros (como todos los teólogos dicen), todo el tal es nuestro prójimo. De donde se sigue que el moro, el judío, el hereje, el árabe es nuestro prójimo; porque le podemos hacer bien y él a nosotros, y porque puede convertirse y gozar de Dios con nosotros. Asimismo se sigue que las ánimas del purgatorio son prójimos nuestros, porque les podemos hacer bien ahora, y ellas

a nosotros cuando vayan al paraíso. Asimismo se sigue que los ángeles son prójimos nuestros, y todos los que en el paraíso están, porque nos hacen bien y son capaces de bienaventuranza.

Sólo los demonios, y los que están en el infierno no son prójimos, porque ya quiere Dios que en ninguna manera puedan gozar de Él ni ser participantes en su gloria; y por eso no quiere que les deseemos bien, sino antes nos gozaremos de sus penas, aunque sean nuestros padres y nuestros hermanos; y es muy justo, pues fueron traidores a Dios, y no quisieron en este mundo enmendarse, como muchos hacen ahora. Veis aquí la letra del Santo Evangelio de hoy.

#### 4.—Adán desciende de Jerusalén a Jericó.

Ahora démosle otra vuelta, según el sentido alegórico y quizá después otra según el moral. *Quidam homo descendebat...* Quién sea este hombre que no se contentó con estar en el monte de Jerusalén, sino quiso descender a los valles de Jericó, a todos es manifiesto que fué el primer hombre criado, Adán, al cual puso Dios en Jerusalén, que quiere decir *visión de paz*; y para ir allá dióle *visión*, que quiere decir conocimiento; porque fué el mayor letrado de los que ha habido; que fué criado en su entendimiento el conocimiento de todas las cosas. Pues las había de regir todas, y les puso nombre a todas, menester era que las conociese. Dióle asimismo *visión alta*, que quiere decir *de Dios*, porque tuvo excelentísimo conocimiento de Dios; porque aunque no viese a Dios intuitivamente, porque esto ningún hombre en cuerpo mortal viviendo pudo ver; vióle, empero, con muy excelente manera de vista, más que ahora muchos contemplativos le vean. Y esta vista era *pacífica* por el don de la justicia original que tenía, con el cual era tan señor de sí, y tenía tanto mando sobre este mozo de nuestro cuerpo y de las potencias sensitivas, que le obedecían *ad nutum*. Que si él quisiera contemplar, no se quejaba el cuerpo; si quería hacer una buena obra, no tenía dentro de sí quien pelease contra él porque no lo hiciese, como ahora nosotros tenemos.

No se contentó Adán con lo que tenía, no lo conoció, quiso probar qué había abajo, y descendió a Jericó, que quiere decir *luna*, por la cual se significa la

mudanza del pecado y del mundo (*Eccli.*, 27, 12): *Quia stultus sicut luna mutatur. Scriptum est enim (Tren.*, 1, 8): *Peccatum peccavit Hierusalem, ideo instabilis facta est.* Descendió y comió del pomo que su mujer le dió, y cayó. Y mirad el engaño; que ellos pensaban que subían; a lo menos Eva pensó que habría de subir tanto como Dios; y fué hecha ella y él iguales a los brutos animales (*Ps.*, 48, 13): *Homo cum in honore esset non intellexit.*

### 5.—Róbanle y déjanle medio muerto.

Asenle los ladrones, los robadores de las ánimas, que son los demonios, *expoliaverunt eum* de los bienes gratuitos de gracia, que fué el mayor bien que le pudieron quitar: la amistad de Dios. Quitáronle la justicia original, y quitada la paz, toda la parte quedó en guerra y dejónos en guerra.

Siéntelo quien trabaja por ser bueno. De donde nos viene que si queremos rezar, no quiere la carne y la pereza; y si queremos darnos a Dios y dejar las cosas de este mundo, no podemos; sino que así, aunque no queremos, nos deleitamos en ellas. ¿De dónde nos viene esta inclinación tan grande a ser mundanos, a ser malos, que parece que no hay trabajo en ello, y si queremos ser buenos se nos hace de mal, como quien va cuesta arriba, y como agua que la hacen tornar por el canal arriba? De falta de la justicia original que Adán perdió.

Y bastara que le despojaran; mas aun hiriéronlo; que lo que no le pudieron quitar, le dejaron más llagado. Estos son los bienes naturales, por los cuales el hombre es hombre. No los puede perder, aunque al infierno vaya; mas *hiérenlos* muy bien heridos. Que al entendimiento hirieron con ignorancia y ceguedad; a la voluntad con deseos de cosas de acá dañosas, y con hastío de las buenas; a la memoria hiriéronla con llagas de cosas terrenas; que no haya placer de acordarse del cielo ni de cosas que le aprovechan, sino de vanidades, de las injusticias, de lo do acá abajo. Hirieron la parte sensitiva con aquel *fomes peccati*, que es aún gran llaga; que lo sentía bien San Pablo cuando decía (*Rom.*, 7, 21, 22): *Invenio aliam legem*; este que en otra parte llama tirano y *lex membrorum*. Mas, quien no siente esta guerra, tiene mala paz (*Mt.*, 10,

34): *Non veni pacem mittere in terram, sed gladium.* Veis aquí los males del ánimo en que cayó.

Dejo de contar lo del cuerpo, las hambres, las enfermedades y trabajos, ser engendrados en pecado, naciendo llorar, con dolor de nuestras madres, vivir y morir con lloros y temores. ¡Oh cuánto bien estabais Adán en Jerusalén, sin que subierais a Jericó! ¡Ni nosotros lo supiéramos!

Veis aquí cuál quedó Adán—y tras él todo el mundo—del pecado: tendido en el suelo; amando cosas de tierra, y herido de llagas de pecados *desde la planta del pie* (Is., 1, 6): *Omne caput languidum et omne cor maerens.*

#### 6.—La Ley vieja no le puede curar.

Acaeció que pasase par de este llagado un sacerdote y un levita; y aunque entrambos le vieron, ninguno le remedió. ¿Quién es el sacerdote, sino la Ley vieja, que principalmente consistía en sacrificios y ceremonias? ¿Quién es el levita, sino los Profetas? Pasó, pues, la Ley vieja, y vió al herido, porque conoció sus llagas y dió conocimiento del mal en que el mundo estaba por el pecado; mas no pudo remediarlo, porque según San Pablo dijo (*Gal.*, 3, 11): *Ex operibus legis non justificabitur ommis caro* (*Jn.*, 1, 17): *Lex per Moysem data est, gratia per Jesum Christum.* No dió la Ley gracia *ex opere operato*. Mostraba los pecados, y por ésto dice el Evangelio que miró al llagado, mas no le remediaba, porque no daba gracia. Pasaron los Profetas y también vieron los pecados y los males, mas no podían dar gracia, y por eso ni remedio; y así también descendía por el mismo camino el sacerdote y el levita, como el herido, según el Evangelio dice, porque todos los que debajo la Ley y profetas estaban, descendían al limbo y estaban en pecado original.

#### 7.—Jesús, el piadoso samaritano.

Hasta que vino aquel verdadero samaritano Cristo, que quiere decir *guarda*, e hizo medicina para este herido. No dice el texto que descendió por el mismo camino del herido, sino haciendo camino, vino al he-

rido: *Et videns eum, misericordia motus est; quia in eo nullum invenit meritum* (dice San Agustín). *Et appropinquans, alligavit vulnera ejus*. Allegóse, tomando carne semejante a la nuestra pecadora, llegóse conversando con heridas de pecados: *Et appropinquans*; tanto, que le reprendían los fariseos: *Quia hic peccatores recipit, et manducat cum illis*; ya en casa de un publicano, ya en casa de un cambiador, ya con la Magdalena, ya con la adúltera, y al fin, con los ladrones. Así había de ser, que el que venía para curarnos, no tuviese asco de nuestras llagas. Allegóse por sacramentos.

¿Qué es *atando las llagas*, sino darnos mandamientos que nos aprieten los pecados, y no muy apretados, porque hace mal (*jugum meum suave est*), ni muy flojo, porque atadura floja no es algo (*sint lumbi vestri praecincti*)? Ató sus llagas diciéndole que no pecase, que se apartase y que se hiciese fuerza para resistir los pecados; y para las llagas que ya tenía *echóle óleo y vino*. En el óleo se significa la misericordia; en el vino, justicia; porque es justo que, pues más acepta fué a Dios la pasión de su unigénito Hijo, que fueron nuestros pecados ofensivos, y más [bien] mereció ella que mal nuestros pecados, que nos sean perdonados por ella. Y por eso decía San Pablo (2 *Tim.*, 4, 8) que esperaba *corona de justicia*, no de justicia de obras, sino de la Pasión de Cristo nuestro Redentor, lo cual se nos comunica por fe y buenas obras. Pues luego echó en nuestros pecados *óleo y vino*; y tomó al enfermo, *alias*, herido, y púsolo sobre su caballo.

El caballo del ánima es el cuerpo. Ponerlo luego Cristo sobre su caballo fué ponerlo sobre su cuerpo; lo cual se puede entender en muchas maneras: o que tomó los pecados de él para pagarlos en su cuerpo, como cuando dicen «sobre mi cabeza os tomo», que se obligan a pagar por quien toman; o sobre su cuerpo, porque dándole fe, lo incorpora en su cuerpo y lo hace su miembro; y así llevólo *ad stabulum*, que es la Iglesia; y porque es donde descansan los viadores de este mundo.

Curóle él un día; quiere decir, mientras acá estuvo presencialmente. Y otro día (*post resurrectionem*), queriéndose ir al cielo, dijo al principal de la Iglesia que es San Pedro: *Pasce oves meas... curam illius habe*, que es todo uno y asimismo a todos los prelados. Y

dióles *dos denarios*; que quiere decir dos Testamentos con que lo curen. Que si fuere menester hacer más, o darles muy buen ejemplo, y otra cualquier cosa, que lo hagan; que cuando Él venga a juzgar o el día de la muerte del tal prelado o prójimo que tuvo cargo del enfermo, que Él lo pagará.

¡Veis cuán proveído dejó este bendito Samaritano al mundo enfermo! Pues pregunta ahora el mismo Cristo: ¿Quién fué prójimo de este enfermo? ¿La Ley vieja, los Profetas o el Samaritano?

Por cierto, Señor, muy clara está la respuesta: que Vos, Samaritano bendito, sois nuestro prójimo y el que os doléis de nuestros males, que curáis nuestras llagas; y si por vos no hubiese sido, ya nuestras ánimas estarían ardiendo en los infiernos. Tú, Señor, eres nuestro prójimo.

Pues, *vade et tu fac similiter: quia exemplum dedi vobis ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis*, etcétera.

De todo este Evangelio, no me parecieron tan bien otras palabras como las de nuestro tema: *Tened cuidado de ese enfermo, que cuando yo torne, lo pagaré.*

### 8.—«Cuando yo vuelva.» Deseos de que vuelva Jesús.

Es grande el cuidado que Dios nuestro Señor de nosotros enfermos tiene, que nos cura y manda a otros que nos curen, y paga Él a quien curase a su prójimo. *Cuando Yo volviere*, dice el benignísimo Señor, *Yo pagaré.* Voime ahora, que cumple así, mas Yo vendré presto y lo pagaré.

«Voime.» ¡Oh benditísimo y dulcísimo Señor! ¿Dónde vais? ¿Y dónde nos dejáis? ¿Cómo, Señor, podeis oír con paciencia decir que os vais y que tornaréis presto? ¡Oh Señor, y cuán largo es el tiempo que no os vemos, en que no estamos con Vos, en que estamos acá apartados de Vos, bien nuestro, y reposo nuestro! Este *presto* que decís que volveréis, ¡cuán tarde es para quien os ama, para quien no tiene otro deseo sino de Vos, ni querría ver, ni oír, ni hablar a nadie sino a Vos! Y veros tan lejos, allá, tan apartado, es el tormento intolerable, sin estar con Aquel a quien sobre todas las cosas ama. Y por eso, Señor, quien bien os quiere, muy aborrecida tiene esta vida, y su mayor deseo es cuando ya se acabase y os viese:

*Cupio dissolvi et esse cum Christo*, decía San Pablo (*Filip.*, 1, 23).

Mas, ¡oh señores! ¡y qué poco deseo tenemos nosotros de este día! ¿Y cómo estamos contentos en este destierro, estando tan lejos de nuestro bien? Holgamos, reímos, aconsejamos, comemos bien, ataviámonos mejor, pensamos que tenemos algo en este mundo, y que es aquí nuestra tierra; y de verdad que estamos desterrados, y por mesones y ventas, y no habíamos de hacer cuenta sino que estamos en una cárcel por nuestros pecados, y debíamos siempre rogar a Dios nos quebrantase ya estas cadenas, con que está el alma atada en este cuerpo, para que libre pudiese ver y holgarse con su Dios. Mas como no le amamos, no se nos da nada no verle; como no le deseamos, no nos da pena el estar en este destierro. ¡Oh desventurados de nosotros, que estamos veinte y treinta años, y cuarenta, y sesenta, y más, sin ver a quien nos hizo, a quien murió por amor de nosotros, a quien nos mantiene, a quien nos guarda, Aquel de quien un solo momento no hay que no nos haga mercedes, y grandes mercedes! ¿No iríamos ya a besarle las manos por las mercedes que nos ha hecho, a darle gracias, darle mil alabanzas por el amor que nos tiene, y las buenas obras que nos ha hecho? ¡Oh triste el día y la hora en que a nuestro Dios y a nuestro bien no veamos, y por esto, triste, se debe llorar!; y así nos lo manifestó Cristo (*Mt.*, 5, 5): *Beati qui lugent.*

### 9.—*Ten cuidado de ti.*

Mas es menester paciencia y aparejarnos continuamente para este día, para que en viniendo a llamarnos, vayamos de buena gana con Él. Tan en tanto, miremos qué nos mandó cuando se fué; hagámoslo de muy buena gana por mandárnoslo Él. *Curam illius habe.* Nos mandó cuando se fué: *Ten cuidado de ese enfermo.* ¿De cuál, Señor? De ese enfermo que ha caído en poder de ladrones, ahora seas tú, ahora tu prójimo.

Pues será nuestro sermón de cómo hemos de tener cuidado de nosotros y de nuestros prójimos, porque cuando venga nuestro Señor nos lo pague.

Ten cuidado de ti, dice nuestro Señor. Paréceme que lo hace nuestro Señor en esto como Padre mise-

ricordioso que mucho ama a sus hijos, y siempre les anda amonestando que sean buenos, que miren por sí, que no curen de cosas de mancebos, sino que miren por su honra, y cuyos hijos son. Así hace nuestro Dios. Ten cuidado de ti.

10.—*Modera los cuidados terrenos.*

Mas, mirad, señores: ¿no habéis oído lo que dice allá un poeta:

*pectora duas non admittentia curas*

y que (*Mt.*, 6, 24) *nemo potest duobus dominis servire*, dice Cristo? Para tener cuidado principal de nosotros conviene que no lo tengamos de otras cosas en que tanto no nos va como en nosotros, y éstas son las cosas de este mundo. Oíd al mismo Señor, que aquí nos dice que tengamos cuidado de nosotros; como en otra parte dice (*Lc.*, 21, 24) que no tengamos cuidado de este mundo: *Nolite, inquit, gravare corda vestra crapula et ebrietate, nec curis hujus saeculi*. Y en otra parte (*Mt.*, 6, 25): *Nolite solliciti esse animae vestrae quid manducetis*. De manera que para tener cuidado de nosotros... (y no tengáis, señores, este consejo en poco, que de verdad creo que una de las principales causas de nuestro descuido y de los grandes males en que están nuestras ánimas, y especialmente en este mal, es que no se nos da nada que estén malos, y por los muchos cuidados de este mundo).

¿Qué es la causa por que el hombre no puede rezar un *paternoster* con atención, sino que comienza uno y acaba otro, sino porque tiene mil cuidados que le llevan el corazón? ¿Por qué no da limosnas a un pobre? Porque los trabajos no le dejan acordarse de sí. ¿Por qué no guarda lo que Dios le manda? Porque con sus negocios no se acuerda de Dios, ni de sus mandamientos. ¿Por qué deja andar su ánima muerta, y hecho casa de diablos un mes y otro y otro? Porque no le dejan mirarlo los cuidados. Ya toma un negocio, ya otro. Y lo mejor es (o lo más malo) que piensa: «Desde ahora, en acabando éste, tendré reposo y entenderé en mi alma», y nunca viene este tiempo en que le dejen cuidados, sino hecho esclavo de ellos, que ni un momento no le dejaban entender en lo que le cumple, sino el alma muerta y desventurada,

desnuda, pobre y triste, y el cuerpo andar y trabajar, y hablar; y ya entiende en una heredad, y ya en otra, ya en otro negocio, ya en otra rabia, que nunca descansa.

¡Oh desventurada gente! ¿Y tú, hermano, dónde estás? ¿Has ya acabado los negocios de tu alma? Di, ¿has dado ya cuenta buena? ¿Cómo no tienes cuidado de ti? *¿Qué te aprovecha que todo el mundo ganes, si pierdes tu alma?* (Mt., 16, 26). Está queda un poco; reposa algún rato en el día, y entiende en ti; no seas como *vitulae esca indocta diligere trituras*. Mira que es vanidad eso en que andas: cata que andas vendido y engañado. ¿Qué buscas? ¿Tras qué andas? ¿Buscas reposo? Créeme que no le hallarás. ¿Buscas que no tengas falta? Créeme que siempre te ha de faltar, porque cumplir una necesidad es principio de otra. Echa de ti esta carga, por Dios, conténtate con poco; si pudieras, trae sayo de buen paño; si no, sea de ruin; si puedes comer y beber, bien; si no, sea como quiera. No puedes tener bienes sobrados, sino ten para pasar este camino, que no es aquí tu tierra. Mira lo de este mundo: el tener o no tener, el bien vestir o no vestir, el ser honrado o deshonorado, hágote saber que delante de Dios no pesa un pelo: ni es el hombre mejor por tener esto que parece algo, ni por no tenerlo; sino que estamos realmente engañados, de día y de noche trabajando por haber lo que después de habido, no nos hace un pelito mejores. Cata que al mejor tiempo te echará de sí este mundo y te hallarás burlado, y no cumplirá contigo lo que te prometió; y entonces no tendrás remedio. Ahora, pues, conténtate en pasar como quiera por él, y sea el principal cuidado el mirar tu alma. Cúrate, que estás enfermo, según las palabras de nuestro tema: *curam illius habe...*

### 11.—*Cura tu cuerpo refrenándolo.*

Ahora veamos cómo hemos de tener cuidado de nosotros y de nuestro cuerpo, y luego de nuestra ánima, y luego de nuestro prójimo. A nuestro cuerpo, señores, es bien que lo tratemos como a enfermo; que lo es por el pecado original. Allí enfermó, y así siempre desea cosas dañosas, y aborrece las que le cumplen, como quien tiene el apetito dañado. ¿Qué veréis a un cuerpo, sino desear hartarse bien de comer

y beber, y dormir mucho, y holgar mucho; no pasar frío, ni calor, ni cansancio, no rezar mucho ni ayunar, no castidad, sino antes lujuria, como enfermo que para cumplir su apetito pospone el alma? ¿Qué le puede hacer lo que come? Dígoos de verdad, señores, si a este cuerpo miráis, que por cumplir una cosa cualquiera, os echará redondamente en aquellos fuegos infernales. ¡Oh malaventurado cuerpo!, que porque tú huelgas por cumplir tus apetitos, por no querer ayunar, por no pasar una poca de pena en ser casto, echas a un ánima en tormentos eternos, que duran cuanto durare Dios en los cielos! ¡Oh ceguera grande, soltar la rienda a este enfermo! No así ¡por Dios!, sino lo que le ha de hacer mal, quitárselo, aunque lo pida y desee; y lo que le ha de hacer provecho, hacer que lo tome, aunque le pese; que después, el día del juicio, él os lo agradecerá si aquí así lo hicieréis con él. Mas si ahora lo dejáis a él hacer, entonces os maldecirá, porque no le curasteis como era razón.

¿Queréis ver figura de cómo lo habéis de hacer con este enfermo? Oíd: Mandaba Dios en la Ley levítica (*Lev.*, 5 8) que si alguno sacrificase tortolilla, *que no le cortase toda la cabeza*, sino que la matase y *la volviese la cabeza hacia el cuerpo*, de manera que estuviese muerta y no apartada del cuerpo. Veis aquí cómo habéis de hacer los que queréis ser tortolillas, que significan a los que hacen en este mundo penitencia, y lloran por haber visto perdido a su esposo Cristo. *Matad la carne*; quiere decir: No vivas según ella quiere; y no mande ella, sino obedezca; azótala hasta que no viva, mortifícala como San Pablo dice (*Col.*, 3, 5): *Mortificate membra vestra quae sunt super terram*. Mas mirad, *no la apartes del cuerpo*, y no la eches del todo de ti; no la apartes de tu alma, quiere decir, no te mates, sino dale lo que ha menester solamente para vivir el alma; que sierva suya es la carne y caballo en que anda. Y así como sería cosa monstruosa ver a un caballero andar gimiendo, y de día y de noche muriendo, por contentarle y por regalarle, no curando de su persona propia, así lo es que un hombre ande calentando a su cuerpo, y se olvide de lo que él es; que su ánima quita el freno a su caballo y échasele a él, y dice al caballo que rija a él y que haga todo lo que el cuerpo manda. Si manda trabajar para tragar, que trabaje;

si le manda lujuriar, que lujurie; si le manda quebrantar ayunos, que los quebrante; de manera que ya no traes tú del freno a tu cuerpo, sino él a ti.

¡Oh cosa para llorar! ¡Oh cosa monstruosa, que una cosa tan vil se enseñoree de una cosa tan excelente! ¡Remedio, por Dios, señores! Y tened al cuerpo por quien es, y a vuestra ánima por quien es; quitad el freno de la mano del cuerpo, que os llevará derechos al infierno; y tomadlo vosotros y hacedlo andar a raya, dándole lo que le cumple y no más, aunque lo pida y lo desee; y así lo curaréis bien, y él bien curado, y quitados tantos cuidados como el amor de este cuerpo y de este mundo os da, entended en curar vuestra ánima que está enferma.

## 12.—*Cura tu alma.*

¡Desventurada de ella, triste, desconsolada, con enfermedades mortales! ¿Y no quieres remediarla ni darla una sed de agua? No sé si me creeréis en deciros que estáis enfermos, viéndoos como os veis sanos y buenos; y pensáis que esto es una conseja que con sólo oírla, no es menester más. ¿Creéis que estáis enfermos? Decid: ¿estáis en algún pecado? ¿Habéis descendido de Jerusalén a Jericó, que quiere decir del estado de gracia a pecado? Pues creed, como creéis en Dios, que estáis enfermos y que os han llagado los demonios, que son los ladrones.

*Domine, sana animam meam, quia peccavi tibi* (Ps. 40, 5), dijo uno que sintió el mal del alma. Y pocos creo yo que hay aquí que no hayan pecado alguna vez mortalmente, en palabra, deseo, o en obra; y por eso pocos habrá que no estén enfermos. Y si me decís que os habéis curado confesándoos y llorando vuestros pecados, y restituyendo a vuestros prójimos lo que debíais, dígoos de verdad que se hace pocas veces bien y como se debe hacer; y puesto que se haya hecho, quizás has pecado después acá; y puesto que no, dígoote de verdad que no sé si te han sido perdonados tus pecados. Aunque más hayas hecho, hayas llorado más lágrimas que hay en el mar; no sé si estás perdonado, ni nadie lo puede saber; por eso no se tenga nadie por sano, y procure de cuidarse, y salir de manos de estos ladrones robadores, que nos han herido y dejado *medio muertos*, como el Evange-

lio dice. *Medio muertos*, porque dejan el ánima muerta, que es la una parte y la principal del hombre, aunque el cuerpo quede vivo.

¡Oh qué cosa es ver a un hombre en pecado! Dígoos en verdad que es monstruo: y si ver pudiéramos el ánima, nos espantaríamos de su fealdad y desventura. Es cosa maravillosa ver una cosa que parece viva y está muerta; ver hablar, comer, beber como vivo, y estar el desventurado muerto; verle reír, y está un paso no más del infierno; verle de fuera vestido y de dentro desnudo; verle blanco de fuera y negro de dentro; y hermoso de fuera, puesta la figura del diablo encima de sí: verle que parece que no anda nadie con él, y anda con compañía de millares de demonios que nunca se apartan de él. ¡Oh malaventurada la tal ánima que en pecado está!

¿Y por qué no se llora? Llóransen los muertos del cuerpo, la pérdida de hacienda y las destrucciones de ciudades; ¿y por qué no una ánima que vale más que todos los cuerpos juntos? Cuya pérdida, como San Agustín dice, es mayor que la pérdida de las cosas corporales, o más grande. ¡Que la que fué hecha para ser cosa de Dios sea de diablos! ¡Remedio, por Dios, señores! Curaos como Cristo os dice; curaos y decid a Dios: *Domine, miserere mei, sana animam meam*. Luego os echará óleo de esperanza, y vino de temor; y venid al mesón del samaritano, que es la Iglesia, reposo de viadores: y confesaos muchas veces. Que dos monedas han dado al principal de la posada, que es el sacerdote, con que os cura, que son dos *claves* de potestad y ciencia. Y luego guardaos de pecar; y así *tenéis cuidado de vosotros*, según nuestro tema.

### 13.—No olvides a tu prójimo.

Mas no os olvidéis del prójimo, al cual también habréis de curar: cuerpo, por limosna; y ánima, por buen ejemplo y consejo. Mirad a San Pablo (*Rom.*, 9. 3): *Volebam esse anathema pro fratribus meis*. Y así no veréis vuestro reposo, vuestra consolación, vuestro provecho, sino la salud de las ánimas de vuestros prójimos: que el Señor lo pagará bien pagado. Y oíd a San Gregorio: *Nullum sacrificium acceptabilius quam zelum animarum*. Y él lo pagará aquí por gracia y después por la gloria.

## TRATADO 14 (1)

### FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.

(*Predestinación de los Santos.*)

*Quos praedestinavit, hos et vocavit, et quos vocavit hos et glorificavit. Quid ergo dicemus ad haec? Si Deus pro nobis, quis contra nos?*

(Rom., 8.)

#### 1.—*La predestinación es inmutable.*

Para bien hablar de las cosas de Dios es menester espíritu de Dios: y para que caiga en nuestras entrañas, humillémonos a nuestra Señora y digámosla el Ave María.

*Quos praedestinavit*, etc. La gracia del Espíritu Santa sea con vuestras mercedes. Las palabras que tomé para nuestro sermón son de la carta que el Apóstol envió a los romanos; están a los ocho capítulos de ella. En romance suenan: *A los que predestinó*, etc.

Este oficio de predicar no es tan fácil como pensáis y pensamos. Hablar un hombre bien de Dios, muy difícil cosa es. Decía el Profeta David: *Quis narrabit potestatem Domini? Quis loquetur potentias Domini?* Espantábase del gran poder de Dios y de sus grandezas: ¿quién las podrá entender y contar? Y el Profeta Isaías, cuando pensaba que había entendido, cuando pensó mucho de la ira de Dios, cuando pensó que había conocido a Dios, decía: *Quis iram Domini intelligit?* ¿Quién entenderá la ira del Señor? Y entre todas sus obras, muy dificultosa cosa es de entender una de que Él más usa, que es la misericordia; y tanto más, cuanto más usa de ella que de la

ira y de la justicia, como decía el Profeta: *Misericordia ejus super omnia opera ejus.*

Pues si aquellos Santos alumbrados por Dios no sabían hablar de su ira y de sus potencias, ¿cómo hablará un hombrecillo como yo, de una cosa que tanto excede, como es de lo que hemos de hablar hoy, que es de la misericordia que usa Dios con los Santos bienaventurados que están en el cielo, y estuvieron aquí donde nosotros estamos? Que de esto hemos hoy de hablar, que hoy celebramos el día de todos los Santos.

Cuando dijese Santos, no entendáis solamente San Pedro, San Pablo y San Juan y otros así; mas entendamos todos los que están en el cielo, todos los que están en gracia; que hoy es el día de todos los Santos, hoy es el día que se nos muestra la misericordia de Dios con los que Él quiso llevar a gozar para siempre de Él; hoy es el día que se nos da a nosotros esperanzas para ir a caballo para siempre con ellos.

¡Quién viese la fiesta que hoy hacen en el cielo!; por cierto que de antes lo deseara hoy saber: qué es la misericordia que hace Dios con los que allá están y ha de usar con los que allá hemos de ir, entrando allá.

*Quos praeordinavit, etc.* ¡Cuán bien que lo dice San Pablo en estas palabras, y en cuán breve suma! *A los que predestinó, llamó Jesucristo.* ¿Pensaréis ahora que me he de meter yo en cuestiones de la predestinación? Que dicen algunos que se desconsuelan en oírla, y así dicen que por eso no se ha de hablar de predestinación; que así lo dice San Agustín, que por eso no hablaba muchas veces en ella.

¿Qué cosa es predestinación? Claro que todos lo entendéis. No es otra cosa sino que desde que Dios es Dios tiene amor a ciertas criaturas, con querer hacerles participantes de su gozo, de su ser y bondad, y tener propósito desde que Él fué, que ciertos hombres y ángeles se sentasen a su mesa a comer su manjar. Esto es predestinación. Una escritura en el pecho de Dios de dar su gloria a fulano y a fulano. «Aunque no les debo nada, sino por mi bondad, llamarlos he cuando sea tiempo.» Pues, ¿por qué nos ha de desconsolar habernos tenido Dios amor desde que es Dios, y propósito de hacernos tan gran merced?

Y es tan cierta esta merced, y tan firme este pro-

pósito, que en ninguna manera puede faltar; aunque se levanten lluvias y vientos, y la tierra y el infierno, es imposible que falte uno de los que Dios tiene asentados en su pecho para salvarlos. *Las ánimas de los Santos estan en las manos del Señor*; tráelos Dios tan guardados, que los tiene siempre en su mano; ¡mira cómo se le han de perder! Dice Dios por el profeta: *Ego nutritius eorum; in humeris meis portabo jaetas, et in sinu meo agnos. Yo seré su ayo de ellos*; yo los traeré siempre en mis manos; *las preñadas, como buen pastor traeré a cuestas*; porque llevó a cuestas nuestros pecados, pagando por ellos; y tráenos *en su seno*, porque nos tiene tan guardados. Asentad en vuestros corazones que, a quien Dios tuvo proposito de salvar, que por acá o por allá, vaya o venga, El lo ha de salvar.

## 2.—*Por qué permite Dios que pequen los predestinados.*

Pues diréis: «Padre, si es tan cierto ese propósito, ¿cómo se le caen muchas de las manos? ¿cómo se le quiebran y se pierden?»

Digo que cierto está que muchos de los que están en el cielo estuvieron en pecados veniales. Sólo Aquel que es Hombre y Dios, y nuestra Señora, de quien creemos que no lo tuvo, estuvieron sin él. Mas fuera de ellos, si todos los Santos dijeren, dice San Juan (1 Jn., 1): *Si dixerimus quoniam peccatum non habemus, ipsi nos seducimus, et veritas in nobis non est.* Y si hablamos de pecados mortales, ¿cuántos hay allí que estuvieron en pecados mortales, y muy grandes, y muchos, y lo más de la vida? Luego ¿cómo o por qué consiente Dios que se le caigan de sus manos y de su seno? Para que se manifieste más su bondad. Otras muchas causas hay; mas ésta es la principal; para que mientras más fuere tu maldad, más se manifieste la bondad de Dios en perdonarte y hacerte tan grandes mercedes. Como algunas veces permite Dios que seas perseguido y que te hagan mal, y que mientras más mal te hacen, más se parece tu bondad haciendoles bien; así, para que se vea cuán bueno es Dios, que siendo tú malo, usa de tanta bondad contigo, que te limpia y te perdona (que no puede tanto tu maldad que no lo venza su bondad), permite que caigas.

Ve Dios que está un ánima enferma, que está hinchada; que muy pocos hay que andan el camino del Señor que no tengan acá dentro un repizco de soberbia, un poco de hinchazón, un poco de fariseo, un poco de «Bueno soy, no hago tan malas obras como aquél». Pocos hay que no lo tengan. Así decía San Juan que lo que más desde niño procuró era no tener corazón soberbio. ¿Tenéis allá ese viento? Enfermo estáis; menester es cura, aunque sea recia. Permite Dios que os caigáis de la mano y de su seno, y que os quebréis. ¿Quién hizo decir a San Pedro: *Si todos te negaren, yo moriré contigo?* Un poco de hinchazón. Permite Dios que caiga, para que conozca que todo le viene de la mano del Señor. ¿Por qué permitió a la Magdalena estar envuelta en tanta muchedumbre de pecados? Para que se manifieste a nosotros que no pueden ser tantos que impidan su bondad; antes allí muestra más su amor. Como cuando le abofeteaban, allí estaba más hirviendo su amor para salvarlos.

Andáis vos muy flojo en el servicio de Dios y en el camino del cielo, que os hace decir: «Pocos pecados tengo, no he menester yo tanto como otros; pocos pecados me han perdonado, por eso amo poco.» Enfermo estáis, es menester cura, aunque sea recia. Porque no se puede dar mayor pena en esta vida que caer en pecado, permite Dios que caigáis en pecado, para que conozcáis claramente cuán bueno es Dios, para que conozcáis cuán de veras es Dios poderoso para *levantar al pobre del polvo y al mendigo del estiércol; para sentarlos en las sillas con los Santos bienaventurados.* Andáis flojo; es menester que os dé Dios una espolada para que os levantéis diligente y más cauto. No os duele cuando cae en pecado vuestro prójimo, antes lo menospreciáis. Permite Dios que caigáis, para que sepáis después tener misericordia de él. Predicaba tanto esto San Pablo, que le levantaron un testimonio: *Que pues que nuestros pecados mostraban la bondad de Dios, que era bien que pecásemos.* Dice él: Tate, yo no digo tal; sino que no desespere nadie por los pecados pasados; mas no que peque. Da esfuerzo a los pecadores para no desesperar, no licencia para pecar.

Cáense de las manos de Dios, porque ellos se quieren caer, y ordena Dios que sea para su bien, y que en ello se muestre su bondad. Déjate Dios caer para

que seas curado. Él lo dice por el Profeta Miqueas: *Gaude, filia Sion, egredieris de civitate, habitabis in regione, et ad medium Babilonis, et ibi liberaberis ab omnibus inimicis tuis. Saldrás de la ciudad; estás en gracia; estás en la guarda y dentro de los muros de Dios; caes en un pecado, quédate aún un deseo de salir de él y no ofender más a Dios; quedante aún tus oraciones y devociones, y oír tu misa de buena gana. Aun estás en la región del rededor de la ciudad; estás cerca de la gracia. Mas deja Dios más la mano, y vienes hasta la confusión, que eso es Babilonia; hasta que vienes a espantarte y confundirte a ti mismo, hasta andar tu casa al revés, que la razón ande abajo y la carne ande encima; que donde quiere la ira, allí vayas tú; donde quiere la soberbia, allí vayas; hasta traer un freno de bestia en la boca, y regirte una bestia. Y hay en eso confusión de Babilonia. Te libraré Dios de tus enemigos; ahí te saca de los pecados. Aunque muy grandes sean, mayor es su misericordia. No desmayes; que aunque sean infinitos, infinita es su misericordia. Y de ahí te sacaré. ¿Y para qué, sino para justificarte y engrandecerte en su reino? Aunque estés tan lleno de pecados que no quede cosa buena en ti; aunque estés tan llagado de pies a cabeza, como erizo lleno de madroños; para que cantes de veras: *Me eripuisti; tribulationes multas et malas, et ex omnibus liberasti me, et de abyso eduxisti me* (Sal., 70).*

### 3.—Llamamiento de los predestinados.

*Quos praeordinavit, hos et vocavit.* A los que predestinó llamó. Llamarles Dios, es traerlos a su conocimiento y convertirlos a Él. Uno de tal padre o tal madre; otro e otros; uno de aquí, otro de allí; otro de los moros, otro de los judíos. Que si es de los que Dios tiene predestinados, aunque esté allá en los fines de la tierra, y no haya hombres, enviará Dios un ángel que le predique y le dé su conocimiento, y le alumbre con la fe de Jesucristo su Hijo, y lo bautice. Aunque sea el más obstinado judío, le quitará Dios el corazón de piedra y le dará corazón de carne, para que le crea y se convierta.

Y es cosa de notar con cuánta sabiduría, con qué manera, con qué arte, y por cuánta diferencia da

Dios a cada uno de éstos los remedios para que alcancen aquel fin, para lo que los tiene predesttinados. A uno pobre; y a otro da riquezas para que sean medio que con ellas se salve; a otros quita el hijo; a otro da enfermedades; a uno lleva para que oiga a un predicador; a otro lo quita para que no lo oiga a aquél, porque le aprovecha más el otro. Y todos son medios para salvarle. Uno es hombre, otro mujer; uno blanco, otro negro; y llámalos Dios más particularmente a aquéllos que a otros; que aunque dos estén a este sermón, el uno sale con buen propósito, y el otro se queda tan entero como antes en sus pecados; otro sale con propósito de ser bueno y perseverar en ello, porque Dios le ayuda y le llama con más eficacia que al otro; y por eso no es este llamamiento como el que dice: *Multi sunt vocati, pauci vero electi*. Y el que no persevera no tiene de qué quejarse; que lo que Dios le ayuda, basta para perseverar en el bien, si él quiere.

Luego el *llamar Dios*, es convertirte a Él. ¿Qué tenías? Y es de tanta fuerza, que aunque tuvieses el corazón de hierro y fueses de piedra, responderías a Dios si eres de ellos. No salva Dios a nadie por fuerza; mas ordena Él que tú *quieras* hacer con que te salves, queriendo. Llámalos Dios y límpialos, y justificalos para engrandecerlos, para usar con ellos de misericordia.

#### 4.—Trato que Dios les da en el cielo.

Pluguiese a Él que nos hiciese misericordia, que nos diese a entender lo que usa con ellos en el cielo, que mucho haría para nuestro bien. ¡Si Dios abriese nuestros ojos para que creyésemos que Dios es verdaderamente bueno, y que nos ama, y el bien que nos tiene aparejado! Aunque para el que no tiene conocimiento de esto, es bueno el temor; mas para quien conoce el amor que nos tiene, mucho bien le es pensar en ello, para ser bueno, a quien tanto le ama.

¿Qué tenéis. Señor, para dar a estos vuestros amados? ¿Quién lo sabrá decir? Un alabar a Dios para siempre, desde que entraron en el cielo: un ser sin falta, un descanso sin trabajo, un gozo sin pesar, una vida sin muerte, un deleite no sucio.

¿Qué es lo que tenéis? *Beati pauperes spiritu, quo-*

*niam ipsorum est regnum caelorum.* Es un reino donde han de reinar y ser reyes; no de reino que se acaba, sino de reino para siempre. *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.* Darles ha también una tierra.

Pues, ¿por qué ya le llamáis *cielo* y ya *tierra*? Llámase tierra, porque no será como los bienes de acá, que ya los tiene el hombre, y ya no tiene nada; mas darles ha un bien que será firme como la tierra: que así como no se mueve, así ellos no lo perderán. Bien que no es oro sino el que crió el oro; no deleite sucio sino deleite celestial.

¿Cómo se llama más? *Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur.* Llamarse han *hijos de Dios*, estarán entre los hijos de Dios, en compañía de los ángeles y con Dios. Acá se llaman hijos de Dios que no han heredado. Allá serán hijos de Dios que habrán heredado.

*Beati mundi corde, quoniam ipsi Deum videbunt.* También les darán *ver a Dios*. Denle gracias los ángeles para siempre jamás; que hemos de ver a Dios como Él es, y gozar de Dios, aquel piélago de infinitas perfecciones, aquel retablo y dechado donde sale todo el bien. Que hemos de comer el manjar que es el mismo Dios, como a su mesa, y que al cabo de cientos de años, estaremos tan hambrientos de comerlo, como el primer día. Manjar que nunca dará fastidio, porque siempre hay sabor nuevo, y cosas nuevas que ver; qué es piélago de infinitas perfecciones, escondrijo de escondidos secretos, que nadie puede comprender lo que en Él hay, porque es infinito. ¡Que hemos de comer a su mesa misma, y su propio manjar, y oír la música que oyen sus mismas orejas! ¡A gozarnos del gozo que Él goza! ¿Qué es el manjar que come Dios? Verse a Sí y conocerse a Sí; y ésta es la gloria suya y su gozo. Pues esto han de tener los Santos; luego han de comer de su mismo manjar; y oyen su música, que es ver aquella bendita esencia, simplicísima y en concordancia con tres personas. Ver tantas perfecciones y una misma cosa, ésta es la música que han de oír sus orejas y gozarse en su gozo donde está.

*Intra in gaudium Domini tui.* Siervo fiel, porque te puse sobre pocas cosas, y fuiste fiel, entra en el gozo de tu Señor. Como si el rey estuviese en su sala, y llamase a un esclavito de la cocina, y le dijese: Ven acá, entra en la sala de tu señor a sentarte a su

mesa, y a oír su música, y a gozarte de lo que él goza; entra en el gozo que se goza tu señor.

¿Cómo se llama? *Beati misericordes*. Llámase *miseri-cordia*, que se da a los que usan de misericordia; y es misericordia que excede a toda misericordia.

*Beati qui lugent*: llámase *consolación*, que se da a los que en esta vida fueron desconsolados; halago para los afligidos. Por eso decía San Bernardo: «Bienaventuradas lágrimas que han de limpiar las manos de Dios.» Luego, pues que tal consolación y tal regalo esperamos, no se nos hagan recios los trabajos de esta vida. ¡Qué regalos, qué ánimos, qué acallamientos, qué arrullos hará Dios! Ea, no se corra nadie; que tal es el Señor. Dícelo Él por Isaías (66, 12): *Ad ubera portabimini et super genua blandientur vobis, quia sicut mater blanditur ita ego consolabor vos et in Hierusalem consolabimini. Videbitis et gaudebit cor vestrum et osa vestra quasi herba germinabunt*, etc. Digo que no se corra nadie; que os traerá Dios como niños en los brazos a sus pechos; que jugará con vosotros sobre las rodillas como hace la madre a su hijo; que os tendrá jugando y brincando sobre sus rodillas.

—¡No digáis tanto que no se crea!

*Vosotros lo veréis*, dice Dios y no otros. *Vosotros lo veréis y os gozaréis, y Yo os consolaré*.

¡Bendito seáis Vos, Señor, que sois nuestro consuelo! Pues que así es, no quiero placer en esta vida, no quiero halagos, por tenerlos en la otra; no quiero delcete sucio, por no perder aquel tan limpio y casto; no quiero consolación tan breve y vana, pues voy a aquella que es mi Dios, descanso de nuestros trabajos, fuerza de nuestra flaqueza, esperanza de nuestras caídas, gozo de nuestro pesar! ¡Ya faltan palabras con que decirlo! Es ello tanto, que no se puede decir, ni aun imaginar con entendimiento.

También en este Evangelio se llama una corona que tiene Dios para el que viene a Él. Si vieseis, señoras Madres, las coronas, las sillas que Dios os tiene, ¡de cuán buena gana sufriríais el trabajo de la religión y cuán alegres estaríais! Pues una niña que la llevan a ver a su padre, ¡qué alegre va! ¿por qué las que van a ver a su Padre celestial han de ir, sino con mucho esfuerzo y alegría? Si supiereis, hermanas, las coronas que Dios os tiene cuando vayáis allá, ¡con cuánto placer iríais por el camino del Señor!

¿Cómo se llama lo que Dios tiene en el cielo? ¿Qué

es? Si mucho importunáis, deciros he que ese mismo es su nombre: *¿Qué es esto?* No tiene nombre, sino un *¿qué es esto?* *Dabo eis manna absconditum, quod memo scit nomen ejus, nisi qui accipiet.* Daréles un maná escondido que no tiene nombre, sino *¿Qué es esto?* Llovió Dios a los hijos de Israel una cosa, la cual era como culantro blanco, y espantados dijeron: *Manhu?* *¿Qué es esto?* Ese es su nombre.

##### 5.—*La predestinación es gratuita.*

Diréis: «Padre, ¿qué le dimos nosotros, pues que tanto nos ha de dar?» ¿Y qué le dieron los que allá están, pues tanto les dió?

Diréis: «Caro les costó: que a unos descabezaron, y a otros crucificaron, y a otros peinaron con peine de hierro, y a otros quemaron y a otros desollaron vivos.» ¡Oh hermano! Que eso de Dios es; que el morir por Dios, el quererlo, de Dios fué dado; y el poderlo pasar, efecto es de la predestinación; parte es del bien que Dios les tenía; que por eso se lo dió, porque quiso que fuesen allá.

Diréis: —Dispusiéronse ellos a la gracia para ello. —También eso es don de Dios. —Usaron bien del libre albedrío. —Dice San Agustín: No hurgues tanto para buscar a Dios de tu cosecha; que no hallarás qué darle, sino pecados. *Quid habes quod non accepisti?* Todo lo bueno es de Dios; no tienes de ti sino el faltar, el caer y el pecar. *¿Por qué te dió Dios la gracia?* Porque te quiso salvar. *¿Por qué te quiso salvar?* Porque quiso. *¿Por qué quiso?* No hay que ir más adelante.

Otros dicen: «Porque yo hice lo que era en mí.»

No; tate. Anoche leía en San Agustín: *De prae-destinatione Sanctorum*, que aun de las excelentes cosas que dijo sobre el por qué me salvó, añade: «Porque me quiso salvar y guardar y ganar, no por lo que yo hice; no quiero yo fiar mi salvación de cosa tan flaca como yo, sino ponerla en Dios; porque Dios es mi guiador, y me lleva por la mano. No tenemos Dios ciego, ni olvidadizo, sino Dios que tiene gran cuidado; hincados tiene Dios los ojos en los suyos: *Firmabo, inquit, super te oculos meos.*

Es Dios muy celador de su honra. Tiene un hombre una mujer; ámala tanto, que no quiere que le